

ña, y, además, se había publicado en los periódicos republicanos una nota pidiendo a los correligionarios de todo el país que enviaran noticias del modo que pudieran.

Antes de que acabáramos de comer sonó el timbre del teléfono.

Don "Inda" se puso en pie de un brinco, y, tirando la servilleta, el cuchillo, el tenedor y una fruta a medio mondar, echó a correr hacia la cabina.

Todos le seguimos.

Era Madrid quien llamaba.

—¿Queeee?

Prieto se encorvaba ávidamente sobre el teléfono, como si en el fondo de la bocina estuvieran visibles las noticias.

—¿Eeeeh?

Marcelino Domingo, el general, el señor Chastang, Cisneros, Angel Pastor, Aragón, César Falcon y yo, apelotonados a la puerta del locutorio, mirábamos la cara de don "Inda", a ver si podíamos inferir, por su expresión, si era agradable o no lo que le decían.

Así estuvimos tres minutos, sin movernos, sin respirar.

Por fin, Prieto soltó el auricular.

—No hay datos exactos aún; pero todo va bien, por lo visto. En Madrid parece que se ha triunfado por una mayoría aplastante, y en casi todos los pueblos de los alrededores, Alcalá, Carabanchel, Vallecas, Chamartín, Canillas, también. De Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao hay buenas impresiones... Volverán a llamar dentro de un rato para dar más información.

Quizá el rato no fuera más que de media hora, pero se nos hizo muy largo. Andábamos de un lado para otro por el comedor y el salón del hotel, iniciando diálogos que no seguíamos, encendiendo pitillos que en seguida tirábamos, mascullando exclamaciones incoherentes.

—¡Demonio, entonces!

—¡Mira que si...!

Cuando sonó el timbre de nuevo, nos precipitamos sobre la cabina.

Prieto, que se había restituido aquella noche a su antigua profesión de taquígrafo, se ajustó los auriculares, extendió las cuartillas sobre el pupitre, se sentó y empezó a escribir lo que Madrid decía...

¿Qué era?... Bien tratábamos de averiguarlo, mirando por encima del hombro de don "Inda", pero don "Inda" no trazaba más que garabatos indecifrables... Allí nos apretujábamos a su al-



Prieto y Domingo leyendo los telegramas en los que se les comunicaba el triunfo electoral republicano.

rededor quince o veinte personas, anhelantes, espiando sus gestos, tratando de cazar una palabra, una exclamación, algún indicio de lo que sucediera...

Ahora la conversación se prolongaba mucho más que cuando la primera llamada. Pasaron tres minutos y don "Inda" seguía inclinado sobre las cuartillas... Y pasaron seis, y seguía... Y pasaron nueve... Y pasaron doce...

Bruscamente, casi sin despedirse de su interlocutor, se arrancó los auriculares y se puso de pie.

—¡Un triunfo enorme!— anunció con su vozarrón, que llegó hasta los últimos rincones del hotel—. ¡Un triunfo enorme! En Madrid hemos arrollado, con una mayoría aplastante, a los monárquicos. Podríamos haber copado... En Barcelona, la izquierda de Maciá y los republicanos han vencido a la Lliga... En Sevilla, la Conjunción republicano-socialista ha conseguido treinta y dos actas, de cincuenta. En Zaragoza ha ocurrido lo mismo... Tenemos mayoría en Valladolid, en Córdoba, en Toledo, en Segovia, en Cuen-

ca, en Zamora, en Salamanca, en Huelva, en Soría, en Guadalajara, en Cartagena, en Palencia, en Teruel, en León, en Ciudad Real, en Albacete, en Jaén, en Almería, en Málaga, en Huesca... En todas las capitales y pueblos importantes de Castilla, de Murcia, de Andalucía y de Aragón... Se sabe que en el resto de España se ha vencido también... Van a seguir dando noticias...

El vestíbulo del hotel, los pasillos, el salón y el comedor se iban llenando de gente. Llegaban los emigrados de diciembre, llegaban amigos y correligionarios de la colonia, periodistas, trabajadores de los mercados, comerciantes, artistas, empleados; llegaban de la "banlieu", de Saint-Denis y de Issy grupos de militantes de las organizaciones socialistas españolas... En medio de esta muchedumbre, de pie ante una mesa, Prieto le dictaba la información al caballero Carriba, que la escribía a máquina, y las hojas del periódico que elaboraban así corrían de mano en mano por toda la casa, entre un jubiloso vocerío.

De cuando en cuando, el timbre del teléfono llamaba y Prieto corría a la cabina a recoger más información.

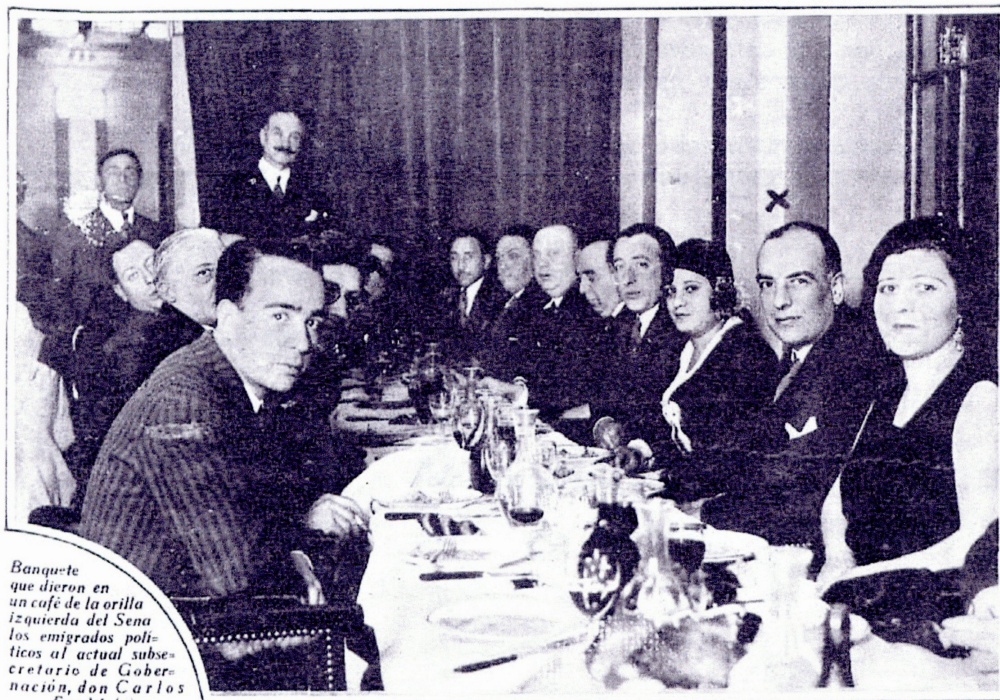
—¡En Bilbao, victoria total! En uno de los distritos hemos copado... En San Sebastián, otra gran victoria...

—¡En Valencia, treinta y dos puestos, de cincuenta!... En Alicante, una mayoría imponente... Y en Castellón... Y en Lérida, y en Tarragona, y en Gerona... Y en Galicia... Y en Asturias...

POR TELÉGRAFO Y POR TELÉFONO...

Me acosté a las cinco de la mañana, pero a las nueve ya estaba otra vez en el Hotel Malherbe. En la habitación de Prieto, él, Marcelino Domingo y el comandante Hidalgo de Cisneros braceaban, sumergidos en un océano de telefonemas y telegramas. Había montones sobre las mesas y las sillas, por la cama, en los suelos... Había centenares, millares...

Y venían de todas partes de España, de grandes poblaciones, como de zonas rurales que se hubiera creído muy sujetas al régimen, firmados por las más diversas gen-



Banquete que dieron en un café de la orilla izquierda del Sena los emigrados políticos al actual subsecretario de Gobernación, don Carlos Esplá (x).